

LA (DI)FAMACIÓN DE LA PALABRA. ENSAYOS POLÉMICOS DE ÉTICA Y CULTURA

Iris M. ZAVALA

(Barcelona: Anthropos Ediciones, 2009, 207 págs.)

Aún se publican libros que responden al ideal de la cultura a la vez crítica y humanista que A. Gramsci propusiera en su día desde la cárcel, es decir, en su caso, desde la política. El texto que reseñamos pertenece a esa categoría, y nace a buen seguro de la experiencia de Iris M.^a Zavala, conocida estudiosa de la literatura y la cultura, en materia de vida, de docencia y de investigación.

Intelectualmente vertebrada sobre la teoría psicoanalítica de S. Freud y J. Lacan, que le permite a la autora describir el malestar en la cultura contemporánea y efectuar una lectura sociocrítica de sus síntomas, y sobre la ética del lenguaje y de la comunicación de M. Bajtin, que le facilita brindar alternativas basadas en la recuperación de la palabra y en el diálogo abierto con lo otro y los otros, la obra se pregunta «cuánto de incivilización» —W. Benjamin hubiera dicho «de barbarie»— produce el capitalismo actual, y qué ofertas de subjetivación» reciben los ciudadanos dentro de esa neocultura incivilizadora.

La patografía cultural del presente abrumba, y es en su exposición donde el libro muestra a la vez sus intenciones y las razones de su legitimidad. La ex-

tensión universal de la racionalidad instrumental implica la desimbolización de las culturas, la pérdida del sentido de los valores justamente a través del exceso de sus signos, de sus soportes. Al no existir para el mercado, agente económico de la racionalidad instrumental, sino el valor de cambio —esto es, al ser el cambio ventajoso, para el mercado, la medida del valor de todos los valores—, el arte se transforma en mercancía espectacular, la literatura en entretenimiento verboso, la historia en parque temático, *et ainsi de suite*. Dentro de este universo voluntariamente «pospolítico», el lenguaje cede su lugar a la imagen; y cuando logra mantener su presencia, deviene insulto, difamación, «salsa rosa», debido a su cuasi-monopolización efectiva por los medios de masas. La confianza, la *fiducia semiótica* del sujeto en los signos, y la *fiducia jurídica* en el lazo social, se revelan, en tales condiciones, imposibles, instaurándose entonces el imperio de la paranoia interpretativa y de las teorías del complot. En compensación por esa mala vida objetiva, al ciudadano se le sugiere, y hasta se le exige, que goce subjetivamente, aunque no quiera, y que sea hiperconsciente de que está gozando: que disfrute con la disolución de las sublimaciones culturales, del pudor y de la vergüenza como reguladores sociales, por ejemplo en la ubicuidad de la pornografía y de una pseudosexualidad organizada en torno a la satisfacción solitaria y exhibicionista; y, añadimos nosotros, en la gastronomía, en el turismo, en el deporte, y en las restantes prácticas casi normativas que mueven el capital y aseguran el valor de cambio. El sujeto formado por semejantes prácticas es el de la individuación narcisista, un sujeto para el que ya no existe el drama de la alienación porque tampoco posee vida propia que alienar, habiéndose fundido su tiempo, en el hedonismo, con el de la sociedad entera hecha éxtasis tecnológico. Claro está que en este panorama al «intelectual», al sujeto atormentado de la «conciencia infeliz» (Hegel), se lo considera, más que desplazado, incongruente: es trivial constatar que prácticamente ha sido barrido de la esfera pública, y que con él ha desaparecido no solo el compromiso político, sino también la palabra poética, la que instituye un nuevo orden de relación simbólica con el mundo, y el arte misterioso, el que redescubre con asombro la secreta profundidad de la existencia. Ahora bien, incongruente y todo, el intelectual es obstinado: justo porque no confunde, como sostenía Lacan, el goce (impuesto) con el placer (libre), puede seguir insistiendo en que es necesario establecer un trato con la cultura, fundado sobre la creatividad y el pensamiento divergente, y no sobre la replicación de modelos de éxito comercial asegurado. Solo así, escapando de la lógica del mercado económico para asumir únicamente la del mercado simbólico —con frecuencia opuesta a la primera—, será posible devolver a la literatura y al arte su función civilizadora, es decir, en palabras de Zavala, su capacidad para «domesticar al depredador que lleva»

mos dentro», para combatir el miedo y para bloquear el odio al otro y a nosotros mismos.

Tema central de dicho pensamiento divergente es el vínculo que, como seres simbólicos, mantenemos con las creaciones culturales, un vínculo que a la autora le justaría colocar, como ya afirmó en ensayos anteriores, al amparo de la ética. Leer, contemplar con ética, equivaldría, *grosso modo*, a respetar la metafóricidad y la enigmaticidad de las obras de arte verbal o visual, a acoger con cuidado la multiplicidad de sus sentidos y su alteridad irreducible a nuestras previsiones e incluso a nuestros deseos; equivaldría, en suma, a abrirse a su naturaleza de *acontecimientos*. La literatura o la pintura inducen asimismo procesos de subjetivación y, cuando son genuinamente creativas, forman sujetos distintos de los forjados por los medios y por la política dominante. Las obras culturales, en la medida en que nos constituyen y nos sostienen, son declaraciones de amor, y amor es también la atención minuciosa que, alimentada por la transferencia, el lector o espectador les dedican, en el abierto diálogo de la historia, a ellas y a sus inagotables interpretaciones plurales.

Iris M.^a Zavala elabora por tanto una suerte de hermenéutica psicoanalítica fundada sobre la permanente necesidad de transmutar, gracias a la cultura, la pulsión de muerte en pulsión de vida, y los antivalores sociales en valores humanizadores; una hermenéutica con la que no podrían sino estar de acuerdo los integrantes del campo universitario y de las instituciones de enseñanza e investigación, lógicos destinatarios primeros de este libro. Es por ello mismo una lástima que el arte de amar la cultura defendido en sus páginas venga acompañado de una crítica, demasiado general e indiscriminada, del contacto entre ciencia y creación, del conocimiento científico en el ámbito cultural, de los paradigmas epistemológicos, de las constantes semióticas, de los trascendentales de la competencia comunicativa, y de cuanto, en humanidades, suele tildarse de «cientismo», cuando lo deseable hubiera sido más bien poner en cuestión el monopolio de la ciencia y de sus aplicaciones, incluidas las humanísticas, por los poderes sociales que las someten a sus intereses y finalidades.

Ciertamente algunos de los apoyos teóricos de *La (di)famación de la palabra*, y de su hermenéutica amorosa, favorecen tal tipo de actitudes anti-científicas: las aseveraciones por Nietzsche de que «la verdad no es sino un tejido de metáforas olvidadas de su origen», y por Lacan de que, «siendo el equívoco la regla del significante, el sentido es arbitrario», lo mismo pueden servir para justificar lo injustificable que para trabajar por el incremento de la libertad, como es el propósito de Iris M.^a Zavala. Además, el relativismo cognoscitivo trivial de las citadas sentencias, elevado a categoría de tópico de la

posmodernidad, casa mal con la invitación de la autora a respetar el valor y el fulgor de la cultura, del que la ciencia forma parte inalienable. Y es que ni todas las hipótesis del psicoanálisis —particularmente del lacaniano—, ni todas las posiciones y disposiciones de la hermenéutica son útiles para articular una crítica política de la cultura, objetivo último de la obra reseñada; al revés, por ejemplo, que muchos enunciados científicos avanzados por la sociología o la antropología, ciencias sociales a las que los discursos bien intencionados de los defensores de la civilización no debieran renunciar en bloque y sin distinguos, porque pueden ser sus mejores aliados. Esta línea de razonamiento, la del rechazo de la ciencia y del universalismo, junto con algunas repeticiones y cortocircuitos en la argumentación, fruto sin duda de las urgencias de la polémica, nos parecen los únicos puntos débiles de un libro bellamente editado, cuya lectura deja la sensación de que humanismo y crítica volverán a caminar juntos, tras ya varias décadas de humanismo sin crítica y de crítica sin humanidad en la (in)civilización posmoderna.

Manuel González de Ávila
Universidad de Salamanca